

DEBATES SOBRE HISTORIA
DE AMÉRICA EN ESPAÑA:
UNA APROXIMACIÓN A SU
EVOLUCIÓN HISTORIOGRÁFICA

Sigfrido Vázquez Cienfuegos
Universidad de Extremadura

“Es muy importante que los historiadores recuerden la responsabilidad que tienen y que consiste ante todo en permanecer al margen de las pasiones de las políticas de identidad, incluso si las comparten”.

Eric Hobsbawm

En esta conferencia he pretendido elaborar una visión de conjunto de la evolución de la historia de América en España, consciente de no haber podido evitar generalizaciones no del todo exactas, dado el dilatado y complejo panorama de esta especialidad y el limitado espacio del que dispongo.¹ Citando a Salvador Bernabéu, actual director de la EEHA, los estudios “historiográficos son ejercicios intelectuales complejos y arriesgados”. Me he sentido llevado a asumir este reto con la intención de tratar de comprender el efecto de la reaparición de fenómenos sociales como el retorno de la controversia sobre la llamada leyenda negra, que en cierta medida afecta a los estudios sobre historia de América. Como historiador necesito entenderlo mediante la reconstrucción de la evolución en el tiempo de esta materia, para poder analizar de la manera más objetiva posible la vuelta una vez más a la instrumentalización política de la historia. Espero que estas reflexiones contribuyan de modo positivo en los debates que hoy día afectan a la historia de América.

Que España y América compartan una historia común desde 1492 es un hecho incontrovertible que ha justificado la existencia de una significativa escuela historiográfica en nuestro país al menos desde finales del siglo XIX. Sin embargo fue el combate contra la leyenda negra lo que motivó la implicación política en la creación de los estudios de historia de América en España y parece que ese debate se ha vuelto a abrir en la actualidad con la irrupción de algunos autores mediáticos que han aprovechado el auge de los nacionalismos que está sacudiendo toda Europa en las primeras décadas del nuevo milenio. Política e historia han ido siempre de la mano. Por tanto, para hacer un análisis medianamente objetivo de la evolución de la Historia de América en España, es necesario contextualizarlo dentro de la evolución de la historiografía en nuestro país.

La Historia, como registro escrito de hechos pasados, reales o “inventados”, desde sus orígenes estuvo vinculada al poder político

¹ La realización de esta ponencia ha sido posible gracias a las publicaciones de numerosos investigadores y especialista en el tema sobre las que he fundamentado mi exposición: Salvador Bernabéu, Justo Beramendi, Nicolás Bas, Miguel Molina, Juan Antonio Bermejo, Miguel Martínez Cuadrado, Palmira Vélez, Esperanza Yllán, Ignacio Peiró, Nuria Tabanera, Gonzalo Pasamar, Isidro Sepúlveda, José María López Sánchez, Raúl Navarro García, Antonio Eiras Roel, Antonio Gutiérrez Escudero, Mónica Quijada, Carlos Malamud, Ramón Grosfoguel. Valga esta nota como reconocimiento, con la intención de la publicación en el futuro de un trabajo de carácter científico con igual objetivo donde se detallaran los datos bibliográficos completos.

y tenía como función principal legitimar a ese poder. No podemos olvidar que la concepción histórica de la realidad, tal como la entendemos hoy fue uno de los frutos de la Ilustración. Hasta entonces los que conocemos como historiadores, desde Heródoto o Tucídides a los cronistas del XVI o el XVII, incluidos los de Indias, solo hacían historia contemporánea, historia de su tiempo y carecían de método alguno. El auténtico pensamiento histórico, el que vuelve la vista al pasado en búsqueda de respuestas, surgió del enciclopedismo, del deseo de conocer y entender la realidad presente, más allá de la mera descripción. De manera paralela tuvo además la necesidad de justificar las acciones políticas de los estados que se fueron constituyendo durante la modernidad. Durante el siglo XVIII la historia cumplió en parte con su servicio al Estado, basándose en principios racionalistas desde posturas crítico-eruditas y cosmopolitas, apoyadas intelectualmente sobre principios filosóficos propios del Antiguo Régimen. Estas características permitieron cierto grado de autonomía respecto de la política hasta el siglo XIX. A finales del XVIII y principios del XIX, con el surgimiento de los principios del nacionalismo, la historia tomará un protagonismo fundamental en la esfera política.

Surge la historia de América como disciplina

Para buscar un origen más o menos claros del inicio de unos estudios sistemáticos de la Historia de América en España hay que remontarse a finales del siglo XVIII. La conocida como “década americanista” de 1770 hizo que en Europa se iniciase un primer debate serio sobre la historia del Nuevo Mundo. La Ilustración se acercó al pasado de América por necesidad de conocimiento pero, como no podía ser de otra forma, este acercamiento no estuvo exento de prejuicios. Los temas de mayor interés fueron su naturaleza, sus pobladores originales y las consecuencias de su conquista y dominio por los españoles. Este asunto había sido objeto de controversia desde los mismos tiempos de la llegada de los europeos a América, concretada en la publicación por el sevillano Bartolomé de Las Casas de su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* en 1552. No es objeto de esta conferencia profundizar en esta cuestión, pero merece la pena explicarlo brevemente. La *Brevísima relación*, que tuvo una rápida difusión en Europa, fue acompañada de imágenes realizadas con una clara intención propagandista por el grabador neerlandés Teodoro de Bry en 1598. Esta imagen negativa de la conquista causó tal impacto en Europa que sigue vigente hasta hoy día y continúa sirviendo,

de paso, para ilustrar la “crueldad” hispana. Durante varios siglos esta imagen se mantuvo e incluso ya en el siglo XIX fue potenciada en algunos casos desde una perspectiva con tintes xenófobos. Nadie pone en duda hoy de que se trató de una manipulación motivada por la rivalidad política y religiosa entre protestantes y católicos durante los siglos XVI y XVII, ni nadie considera que Las Casas tuviera intención de dar pábulo a los enemigos de la corona hispánica. Ya en el siglo XVII los juristas Juan de Solórzano y Pereira y Antonio de León Pinelo refutaron las ideas de Las Casas por considerarlas sesgadas; mientras que el historiador y cronista Antonio de Solís en su *Historia de la conquista de México* censuró la intención maliciosa de los extranjeros que utilizaban la obra del dominico con la intención de ensuciar la imagen de España.

Esta visión peyorativa de la conquista y dominio español de América fue la que llegó con fuerza al Siglo de las Luces, cuando fue sometida a diversas matizaciones filosóficas que se concretaron en dos líneas fundamentales: una de inspiración buffoniana y otra de tradición roussoniana. En su *L'Histoire Naturelle, générale et particulière, avec la description du Cabinet du Roi*, (1749-1788) Buffon consideró que el Nuevo Mundo era un territorio donde la naturaleza no había completado su desarrollo y, en consecuencia, el nativo americano no era más que el primero entre los animales, no un humano completo. Por su parte Rousseau en *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes* (1754) formuló su planteamiento sobre el “buen salvaje” y la nobleza original del hombre.

Las ideas de Rousseau están presentes en las obras de Marmontel o Diderot; sin embargo estas tuvieron poco impacto en su momento en España. Manteniendo los planteamientos de Buffon encontraríamos a Corneille de Paw, Raynal o Robertson. Estos dos últimos autores fueron los que tuvieron una mayor influencia en los territorios de la monarquía hispánica.

La *Histoire des deux Indes* del Abate Raynal, aparecida en Ámsterdam en 1770, y la obra de William Robertson *History of America*, publicada en Londres en 1777, tenían una visión significativamente negativa del dominio español de América, lo que provocó la preocupación de las autoridades españolas. El secretario de Indias José de Gálvez prohibió su difusión en los territorios peninsulares y ultramarinos y planteó la posibilidad de escribir una versión de la his-

toria de América acorde con los intereses de España, fundamentada en documentación oficial. No debe extrañar la reacción del gobierno español con respecto a Raynal pues las autoridades francesas prohibieron su obra en 1773 y en 1781 ordenaron su quema de manera pública. Aunque pronto surgieron también iniciativas prohispanicas, como la del ilerdense Juan Nuix que en 1780 publicó en Venecia sus *Riflessioni imparziali sopra l'umanità degli Spagnoli nell'Indie*, en 1779 Gálvez encargó al valenciano Juan Bautista Muñoz, cosmógrafo mayor de Indias, la elaboración de una historia de América oficial. Muñoz se encontró con el problema de la dispersión de los documentos referidos a América entre Madrid, Simancas, Sevilla y Cádiz, por lo que expuso al ministro la necesidad de agrupar los documentos sobre las Indias en un solo lugar. La ciudad elegida fue finalmente Sevilla y el edificio la Casa Lonja de Mercaderes, que se hallaba entonces prácticamente abandonado. En 1785 se iniciaron las obras de la sede del Archivo General de Indias. Finalmente Juan Bautista Muñoz solo pudo realizar una porción de su *Historia del Nuevo Mundo* en parte porque el encargo no era menor y en parte porque era ingente la cantidad de documentación a la que tuvo acceso.

Sin embargo, en España no fueron pocas las controversias respecto a cómo debía enfocarse el estudio de la historia de América. Estas polémicas tuvieron lugar en la misma Real Academia de la Historia. Ya en 1777 la obra de Robertson fue analizada con una valoración bastante positiva hasta el punto que el escocés fue admitido como académico correspondiente y la obra traducida en 1779 por Ramón de Guevara. En 1783 Gaspar Melchor de Jovellanos hizo una defensa de la obra de Raynal, que había sido adaptada por el Duque de Almodóvar eliminando los pasajes que consideró negativos para España. El propio Juan Bautista Muñoz se vio inmerso en diferentes controversias. En 1780 había sido publicada en Italia la *Historia antigua de México* del exjesuita novohispano Francisco Javier Clavijero, una obra que fue poco conocida en España y que tuvo una visión netamente favorable al pasado indígena. En 1785 la obra de Clavijero fue refutada por el italiano Filiberto de Parri Palma en sus *Observaciones americanas*. Muñoz fue encargado de hacer una revisión crítica de ambas obras y curiosamente tomó una postura pretendidamente objetiva, alejada de radicalismos apologeticos o detractores. A su vez en 1791 Muñoz tuvo una agria polémica con el académico José de Guevara, que hizo una demoleadora crítica a la *Historia del Nuevo Mundo* del valenciano. Muñoz murió en 1799 sin haber podido completar su obra.

Historia de América y nacionalismo decimonónico

Como hemos visto desde el principio el estudio académico en España de la historia de América estuvo sujeto a profundos debates y ya en el siglo XIX se vería influenciada por la irrupción de la nueva ideología imperante: el nacionalismo. Merece la pena que nos detengamos un poco a entender la interrelación entre nacionalismo e historia, para que podamos comprender mejor qué factores condicionaron el desarrollo del americanismo en España. El nacionalismo, asentado como doctrina política a lo largo del siglo XIX, dio un protagonismo fundamental a la interpretación del pasado. El pasado, la historia en definitiva, se convirtió en elemento legitimador de las aspiraciones políticas y con ello el historiador ocupó un papel central en la creación de los mitos fundacionales de las distintas naciones. Y cipo simplemente se fue adaptando a las necesidades políticas, pronto fue evolucionando hasta dar lugar a nuevas perspectivas en el pensamiento histórico. La diferencia entre la mera literatura histórica y la verdadera historia es el método. En el siglo XIX el método consistió fundamentalmente en un seguimiento literal de las fuentes históricas. Es lo que se conoce como positivismo o historicismo. Esta fue la metodología de los historiadores que escribieron en el periodo de aparición de las nacionalidades. Lo que invalida hoy este modo de hacer historia es que la interpretación por parte del historiador es escasa y la crítica nula. El historiador positivista abusa de las generalidades, niega los detalles que son claves u obvia aquellos que no concuerdan con sus tesis. No hay contrastación de distintas fuentes. En definitiva, hay una manipulación de las fuentes o incluso se tergiversan los modos de pensamiento aplicando concepciones y pensamientos que son modernos y nunca existieron en el pasado con el objetivo de servir a unos intereses políticos. Estas corrientes historiográficas han sido superadas progresivamente con métodos que pretenden atender a unos principios más objetivos y racionales, con la aplicación de planteamientos fundamentalmente críticos. La historiografía actual ha bifurcado en numerosas ramas, pero todas ellas tienen en común considerar los hechos en su contexto histórico, evitando aplicar conceptos fuera de lugar en el tiempo. Sin embargo, esta perspectiva racional de la historia plantea serios problemas a la hora de elaborar o justificar una identidad nacional.

La fundamentación historicista es común a todos los nacionalismos pues presentan a la nación como algo que existió desde mucho

tiempo atrás. De ese modo la historia se subordina al pragmatismo nacionalista. Durante el siglo XIX, y como veremos en buena parte del XX, se asistió a un cuasi monopolio de historiografías de ese carácter, producidas en gran parte por autores en los que convergían los roles de político e historiador. El paroxismo de esta tendencia se vio en los países que abrazaron el autoritarismo y el totalitarismo en las **múltiples versiones que tuvieron vigencia durante el siglo XX**. No obstante, de manera paralela se fue produciendo una recuperación gradual de la autonomía relativa de la historiografía, que comenzó a finales del siglo XIX y continúa *in crescendo* hasta hoy, sin que esto implique nunca la extinción de la interacción entre historia y conciencia nacional.

El caso de la historia en España a rasgos generales no difiere en nada a lo ya expuesto y lo mismo podemos decir de la historia de América, que va a reiniciar su marcha de manera definitiva impulsada por la necesidad de buscar unas glorias pasadas auténticamente españolas. Tampoco es de extrañar que tuviera un papel tan trascendental en la política española del último tercio de siglo XIX un historiador como fue el malagueño Antonio Cánovas del Castillo, en varias ocasiones presidente del consejo de ministros de España. La noción que Cánovas tuvo de la historia y de la nación se remite a una concepción pre-ilustrada, cuando no anti-ilustrada. En sus trazos ideológicos, el político malagueño consideró la lengua como uno de los aspectos fundamentales constitutivos de la nación. Por ello, pensó que la América de lengua hispana debía ser parte constitutiva de la historia de España, consiguiendo así enlazar a la nación española con un hecho trascendental para la historia mundial como fue el descubrimiento, conquista y colonización de América. No podemos obviar que España en el XIX se encontraba sumida en su propia necesidad de definirse como nación colonial, pues conservaba posesiones en América (Cuba y Puerto Rico), Asia (Filipinas), Oceanía (Carolinias) y África (Guinea, Sáhara y Marruecos). Por otro lado, debía recomponer sus relaciones con las repúblicas americanas surgidas del antiguo dominio español en la América continental.

En la España decimonónica también se reprodujeron disensiones entre los distintos conceptos de nación. Uno de ellos estuvo influenciado por el krausismo, ideología de origen alemán que planteaba una regeneración nacional desde posturas de progreso y reforma frente a los posicionamientos políticos que buscaban la mejora a través de la

vuelta a los orígenes o la conservación de aquellos propios de un supuesto pasado glorioso. En el campo académico se concretaría en posicionamientos tendentes a la tolerancia y la libertad de cátedra frente a los distintos ejemplos de dogmatismos. Por tanto, el krausismo español dotará de un cariz progresista al concepto nacional español, que se concretará en la “Revolución Gloriosa” de 1868. El fracaso de la I República y la Restauración canovista de 1874 supuso la relegación de los krausistas de sus cargos en la universidad y una involución en los postulados historiográficos. A pesar de ello el liberalismo de la Restauración también tuvo al americanismo como uno de sus más importantes puntos.

El legado krausista quedó concretado en la Institución Libre de Enseñanza, y en la figura de Giner de los Ríos, que se preocupó por la educación en un pensamiento de “razón armónica”, es decir, por impartir una formación para transformar la sociedad, pero también la ciencia. La intención era impulsar la instrucción de todos los sectores sociales, para que lograsen un mejor acceso a la cultura y el conocimiento. Su influencia política, cercana al Partido Liberal, intelectual y científica, siguió siendo destacada durante la Restauración a pesar de su postergación oficial y se prolongó hasta la II República Española.

Durante La Restauración (vigente en España entre 1874 y 1923), se prestó un interés preferente al desarrollo de una historia de América en España, aprovechando las favorables circunstancias de la celebración del IV Centenario del Descubrimiento. El proyecto político de la Restauración supuso un intento de conciliación nacional basado en los conceptos de continuidad histórica y legitimidad dinástica frente a los procesos revolucionarios, como los planteados por el krausismo que como hemos visto defendieron el cambio del devenir histórico de España en un sentido progresista. Para ello fue necesario una reforma de la principal institución histórica nacional: la Real Academia de la Historia. En 1877 fue aprobada la reforma de sus estatutos. La institución se dispuso a presentar una imagen corregida del pasado que garantizase la continuidad del orden conservador y, en definitiva, que cumplierse la función de legitimación histórica de una clase social, de un sistema político y de un concepto de nación española. Es entonces cuando empieza a jugar su papel principal la Historia de América. Entre el otoño de 1881 y los meses finales de 1892 se produjo el relanzamiento institucional de los estudios sobre América. La Aca-

demia de la Historia participó directamente en el desarrollo de una corriente oficial de opinión donde lo americano se incluyó como una parte de la historia nacional española, algo que no va a ocurrir con el pasado español relacionado con Asia, África u Oceanía. Una demostración de este interés por incorporar el pasado común con América fue la organización en Madrid del IV Congreso de Americanista en 1881. Fue allí donde se presentó la iniciativa de una conmemoración española del IV Centenario del Descubrimiento en 1492. La celebración fue concebida inicialmente como la conmemoración de Colón, con una visión romántico-religiosa, considerando al marino genovés como enviado divino para la salvación de las almas del Nuevo Mundo. Con el tiempo fue ampliándose el planteamiento inicial hacia un contenido más profundo y de calado histórico. Entre las propuestas previas se convocó un concurso internacional para escribir una nueva historia de América. Durante el año de 1892 se celebraron en España hasta once congresos con carácter hispanoamericano, aunque el evento central fue el IX Congreso Americanista, inaugurado el 7 de octubre en La Rábida, donde tuvieron cita los mejores americanistas mundiales.

Podríamos decir que entonces el americanismo a nivel global se hallaba dando sus primeros pasos, pues basta recordar que en el mundo sólo existían dos cátedras de esta materia: la de Daniel Brinton en Filadelfia y la de Leon de Rosny en París. En palabras pronunciadas entonces por el escritor peruano Ricardo Palma “La historia de América está por escribirse. Hasta hoy no tenemos más que la tradición”. Los objetivos oficiales de la conmemoración se cumplieron al conseguirse ratificar la reconciliación de España con las naciones hispanoamericanas. Con respecto a la historia, a partir de entonces el americanismo se convirtió en una parte esencial de la historiografía oficial, en la que los eruditos del momento la incorporaron a la conciencia nacionalista española, integrándose como un componente específico y diferenciador del nacionalismo centralista. Con esta incorporación el pasado nacional pasó a ser considerado no solo por sus características exclusivistas, como ocurría con la mayoría de nacionalismos, sino también por su dimensión global. De paso la conjunción de propósitos políticos e intereses académicos situó a España como la principal gestora de la historia de América, al menos en lengua española, aprovechando las numerosas fuentes primarias generadas por el largo periodo de pasado compartido.

Hacia una historia de América independiente

La independencia de las últimas colonias ultramarinas en 1898 motivó que durante varias décadas a los académicos americanistas no se les exigiese una labor específica de creación de una conciencia nacional, aunque sí una dedicación científica al conocimiento del pasado colonial español como parte de una herencia perdida. En las primeras décadas del siglo XX participaron de este esfuerzo investigadores y profesores de muy distintas orientaciones ideológicas y con ello se produjo un momentáneo enriquecimiento del debate en la historia de América.

Como hemos visto dentro del historicismo ya habían surgido divergencias, aunque fue el nacimiento y propagación de ideologías que, en general, negaron la legitimidad nacional, lo que permitió que surgiera otra forma de hacer historia. El capitalismo y la industrialización generaron tensiones socioeconómicas que derivaron en la negación del nacionalismo y la aparición de los internacionalismos, que aportaron una visión propia de la historia que justificaba esa opción, del mismo modo que lo hacía el nacionalismo. Con el surgimiento de una interpretación social y no nacional del mundo apareció una interpretación distinta de la historia: el materialismo histórico, que acabó por generar una historiografía propia, que en su caso estuvo sujeta a otras obligaciones políticas, fundamentalmente la concepción marxista del mundo. Esta tendencia historiográfica tardó en tener protagonismo en España, por lo que el factor que dio lugar a la mayor independencia de la historia respecto de la política en nuestro país sería la profesionalización del historiador y su sujeción ética a principios académicos y científicos.

La institucionalización de una disciplina americanista reglada en España debe remontarse a la Ley García Alix de 1900 que dio forma a las cátedras de doctorado entre las que se consideró la creación de una especializada en Historia de América en la Universidad Central de Madrid. Esto permitió la ruptura del monopolio de la Real Academia de la Historia (RAH) y, como consecuencia, la creación de otros focos americanistas de mayor dinamismo. Sin embargo, el nacimiento de la historia profesional en España no significó ninguna fricción con la Academia de la Historia. En las primeras décadas del siglo XX, los profesores de universidad e historiadores profesionales accedieron a la RAH y colaboraron con los académicos de manera habitual.

Siguiendo modelos europeos, por su parte el regeneracionismo reformador impulsó las primeras instituciones de investigación en Sevilla y Madrid y de este modo se definieron también los núcleos geográficos que controlarán esta materia durante décadas. La elección de estas ciudades no fue casual sino que estuvo motivada porque contaban con las mayores concentraciones de fuentes primarias. En Madrid fue constituido el Centro de Estudios Históricos en 1909 y en Sevilla fue creado el primer centro con inspiración plenamente americanista: el Instituto de Estudios Americanistas, inaugurado en 1913 por el historiador Pedro Torres Lanzas, que en 1914 pasó a denominarse Centro Oficial Español de Estudios Americanistas. Estas instituciones fueron controladas por el “hispanoamericanismo regeneracionista” de raíz liberal. Pero el proyecto regeneracionista, que siguió siendo reivindicador del nacionalismo español, tuvo como tema central una vez más la lucha contra la leyenda negra y cifró como fundamental en ese combate el estudio de las instituciones americanas.

El Centro de Estudios Históricos de Madrid fue fruto de la intención de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), nacida con un claro objetivo de renovación pedagógica y de estimulación a la investigación científica, de contribuir a la renovación de la historia. La JAE tuvo fuertes conexiones con la Institución Libre de Enseñanza lo que serviría por sí mismo para comprender su orientación. Entre los componentes más destacados del Centro de Estudios Históricos se halló el filólogo e historiador Ramón Menéndez Pidal, que fue su director. Con respecto al americanismo fue fundamental la labor de Rafael Altamira, de raíces filosóficas krausopositivistas y especialista en “historia del derecho indiano”, primera especialidad americanista universitaria constituida en España. Altamira fue catedrático de «Historia de las instituciones políticas y civiles de América» en la Universidad Central desde su institucionalización en 1914 hasta su jubilación en 1936. En su seminario de metodología se formaron investigadores como José María Ots y Capdequí. Américo Castro quedó encargado de la sección de Estudios Hispanoamericanos ya durante la II República. Desde su fundación el Centro de Estudios Históricos estableció como línea prioritaria las relaciones con el extranjero. El resultado fueron unos fluidos contactos con Europa y América, que se concretaron en una intensa colaboración con Iberoamérica y con las escuelas historiográficas norteamericana, británica, francesa y alemana.

Una nueva conmemoración, la celebración en Sevilla de la Exposición Iberoamericana en 1929, contribuyó a potenciar una vez más el americanismo. Por iniciativa de Diego Angulo, la Universidad de Sevilla creó la cátedra de Historia del Arte Hispano-Colonial en 1927. Un año después el cubano Rafael González Abreu fundó en la misma ciudad el Instituto Hispano-Cubano de Historia de América, vigente hasta hoy día.

Durante la Segunda República se avanzó en la institucionalización y la renovación del americanismo con la creación en la Universidad de Sevilla del Centro de Estudios de Historia de América (vigente entre 1932 y 1936) y la inauguración en 1933 de la sección de Estudios Americanos del Centro de Estudios Históricos de Madrid. En este ambiente fue celebrado el XXVI Congreso Internacional de Americanistas en 1935 en Sevilla. La sección de Estudios Americanos de Madrid estuvo al cargo de Américo Castro y funcionó apenas 3 años. Durante este periodo se dedicó a la recopilación de una bibliografía de las lenguas indígenas, a los estudios de los títulos jurídicos de la soberanía española en América, se realizaron trabajos cartográficos e históricos sobre el descubrimiento y conquista de América y se emprendió la reedición crítica de obras relativas al Nuevo Mundo en colaboración con la Biblioteca Nacional. La sección de Estudios Americanos en Madrid tuvo además su propia publicación, *Tierra Firme* (1935-1936).

En cuanto a Sevilla en este tiempo el Instituto Hispano-Cubano de Historia de América actuó coordinadamente con el Centro de Estudios Americanos, vinculados a su vez a la Universidad de Sevilla y al Archivo General de Indias, donde estuvo radicado. José María Ots Capdequí fue director de ambos centros, el Instituto Hispano-Cubano y del Centro de Estudios Americanos. Este centro fue autorizado a conceder el título de Doctor en Historia Americana con pruebas idénticas a las de la Universidad Central, la única con dicha facultad hasta entonces. Esta dirección marcó el carácter regeneracionista de corte liberal del americanismo sevillano de aquellos tiempos.

Puede concluirse que la historiografía americanista española mostró una evolución progresiva en los años veinte y treinta del siglo XX que la dirigía hacia la historia social, siguiendo los modelos historiográficos occidentales, aunque “una historia social entendida en el sentido de historia de las instituciones y estudios arqueológico-etnográficos”.

Vuelta al sometimiento político

La Guerra Civil supuso el final del proceso renovador vivido en la década anterior. Los protagonistas de ese tiempo fueron represaliados o debieron tomar la vía del exilio, imposibilitando la continuidad de la creación de una escuela progresista propia; mientras que las otras corrientes historiográficas que empezaban a tomar cuerpo en Europa, como el materialismo histórico, ni siquiera tuvieron la opción de tener una mínima producción propia durante varias décadas.

Las universidades y centros de investigación con vocación americanista quedaron condicionadas políticamente, sufriendo una regresión metodológica y retornando a la supeditación de la investigación y de la docencia al seguimiento de los principios ideológicos legitimadores del Estado, en este caso franquista. Los anteriores núcleos americanistas de las Universidades de Sevilla y Madrid fueron modificados. A estos se les sumó el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), creado en 1939 en sustitución de la JAE. La institución científica por antonomasia de la España franquista creó en su seno dos nuevas instituciones americanistas. En Madrid se trató del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, nacido en 1940, y en Sevilla la Escuela de Estudios Hispano-Americanos (EEHA), creada en 1942. Desde el CSIC se van a reorientar las líneas investigadoras y una nueva generación de americanistas españoles sortearon las incertidumbres de posguerra y devolvieron la solidez a estos estudios. Esto ocurrió especialmente con la historia del derecho indiano, que había tenido en la etapa anterior a sus más destacados representantes en Rafael Altamira y su discípulo José María Ots Capdequí. Tras el exilio de estos, su labor fue continuada por Alfonso García Gallo, Guillermo Lohman Villena e historiadores de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, como Guillermo Céspedes del Castillo, Antonio Muro Orejón, José Antonio Calderón Quijano, e incluso el alemán Ernesto Schäfer.

Tanto en la universidad como en las nuevas instituciones se desarrolló una historiografía que combinaba ciencia y función política, con una exaltación del pasado colonial y la acción misional de España en América, una orientación fundamentalmente política e institucional y una metodología netamente positivista. La producción puede ser considerada de utilidad por la rigurosidad a la hora de la utilización de fuentes primarias, a las que tuvieron un acceso privile-

giado. La existencia en Madrid y Sevilla de los principales archivos y de los centros mejor dotados y protegidos por el poder, concedió una ventaja comparativa a estas ciudades que provocó una concentración de la tradición americanista en ellas, que se agudizó entre los años cuarenta y cincuenta con la atracción de los investigadores que se fueron formando en otras ciudades y universidades como Barcelona o Valencia. Madrid y Sevilla concentraron también el control de las más importantes publicaciones americanistas, ambas del CSIC: *Revista de Indias* (desde 1940) y *Anuario de Estudios Americanos* (desde 1944). Esta dicotomía significó también la apertura de discrepancias académicas entre los dos grupos americanistas, las cuales se mantuvieron durante toda la segunda mitad del siglo XX.

La fundación de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos se debió en gran medida a la acción del catedrático de la Universidad de Sevilla Vicente Rodríguez Casado, quién tuvo un protagonismo fundamental durante aquellos primeros años. El primer director de la Escuela fue el sevillano Cristóbal Bermúdez Plata (1946-1950), quien también dirigió el Archivo General de Indias, al tiempo que continuaba en el cargo de vicedirector del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo donde había sido nombrado tras su creación en 1940. Con la creación de la EEHA llegó a la capital hispalense el catedrático de Historia del Derecho Español, Juan Manzano y Manzano y se fueron uniendo profesores de la talla de Manuel Giménez Fernández, Enrique Marco Dorta, Antonio Muro Orejón o Manuel Hidalgo Nieto. Su relación con la Universidad de Sevilla fue muy estrecha, desarrollando una actividad docente hasta que en septiembre de 1945 se creó la sección de Historia de América en la Facultad de Letras, también bajo los auspicios de Rodríguez Casado. La Escuela se trasladó a su actual ubicación en la calle Alfonso XII en 1948 gracias a la iniciativa del profesor Antonio Muro. Rodríguez Casado también tuvo un papel destacado en el origen de los Cursos de Verano de La Rábida, el primero de los cuales fue impartido en 1943 y que luego se transformarían en la Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida. Esta institución se dedicó fundamentalmente a la organización de actividades culturales americanistas y cursos de veranos que sirvieron, entre otras cosas, para ampliar las redes de contactos del americanismo español. En la Universidad de Sevilla desarrollaron sus carreras profesores del nivel de José Antonio Calderón Quijano, que será director de la EEHA de 1957 a 1979, Guillermo Céspedes del Castillo, Francisco Morales Padrón o, más tarde, Luis Navarro

García, protagonistas de la historiografía americanista de Sevilla y que formaron a las distintas generaciones de investigadores durante todo el restante siglo XX.

Durante estas décadas los únicos debates de fondo posibles fueron dentro de la línea oficial establecida. Normalmente estuvieron protagonizados por investigadores españoles, aunque también participaron extranjeros, especialmente hispanoamericanos con vínculos en España. Estos debates más significados estuvieron centrados fundamentalmente en la controversia en torno a los escritos de Bartolomé de Las Casas y las diversas interpretaciones a cerca de la figura de Cristóbal Colón.

La historiografía del momento mantuvo una encendida polémica sobre la obra del dominico sevillano y se dividió entre lascasistas y antilascasistas. Este debate formó parte del más amplio en torno a la leyenda negra. Ya en 1917 Julián Juderías hizo en su refutación a la leyenda negra una encendida crítica a Las Casas. Por su parte, Marcelino Menéndez Pelayo calificó de injurias los textos del sevillano, mientras que Ramón Menéndez Pidal no dudó en calificar al dominico de paranoico y enfermo mental. Entre los lascasistas más destacados podemos encontrar a prestigiosos historiadores como Manuel Giménez Fernández o Juan Pérez de Tudela.

Con respecto a la controversia en torno a la empresa colombiana participaron autores como Antonio Ballesteros y Beretta, el historiador canario Antonio Rumeu de Armas o Juan Manzano y Manzano. Esta línea de investigación fue continuada por diferentes investigadores de entre los que destacaremos Consuelo Varela Bueno (EEHA) y Jesús Varela Marcos (Universidad de Valladolid).

El retorno al debate internacional europeo

Desde la década de 1960 habían empezado a transformarse los estudios de historia de América tanto en occidente (EEUU, Gran Bretaña, Francia, Italia, Holanda y Suecia, entre otros), como al otro lado del Telón de Acero (URSS, RDA, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, por señalar los más destacados). En la geopolítica mundial América adquirió un papel importante con el triunfo de la revolución cubana y la historia debió posicionarse al respecto. Paralelamente la historia económica adquirió entonces un protagonismo en los estudios sobre

América Latina que duró varias décadas. La esclerotización vivida durante varias décadas hizo que España perdiera no solo el papel protagonista en la historia de América que había tenido en el primer tercio de siglo XX, sino incluso el peso internacional debido al uso en muchos casos de planteamientos metodológicos desfasados. Todavía durante los años 60 se produjeron ciertas aperturas institucionales que en lo referente a la historia de España se tradujeron en una paulatina influencia primero de la escuela de Annales francesa y más tarde de la historia social y económica; sin embargo esto no afectó en la misma medida al americanismo de Madrid y Sevilla, que siguió con su producción y línea historiográfica sin grandes variaciones, dominada por los aspectos políticos e institucionales y caracterizada por una metodología positivista y erudita. En estas circunstancias, el modelo dio signos de agotamiento. Los responsables de las instituciones dedicadas al americanismo fueron conscientes de ello y, por esta razón, a finales de los 60 y principios de los 70 se abrieron a la llegada de influencias desde el exterior. Estas fueron factibles por las fuertes relaciones que el americanismo internacional había establecido con los centros españoles, dada la necesidad que tuvieron los más destacados historiadores americanistas mundiales de consultar los archivos españoles para el estudio de la historia colonial americana. De manera informal en la mayoría de los casos se incentivaron intercambios internacionales gracias a esas relaciones.

Desde Sevilla Francisco Morales Padrón fue especialmente consciente de la debilidad historiográfica española y consideró la necesidad de tomar medidas que modificasen estas circunstancias. Siendo vicedirector de la EEHA (1965-70) fomentó lo que él mismo llamó *Operación América*. Considerando que uno de los defectos de los investigadores españoles era su falta de contacto con instituciones académicas no españolas y la ignorancia las corrientes historiografías extranjeras, consiguió financiación para que los jóvenes investigadores formados en Sevilla visitasen tierras americanas. Desde 1954 trató de estar al tanto de las novedades historiográficas. A este interés se debe que Morales Padrón crease la sección de *Historiografía y Bibliografía Americanistas* dentro del *Anuario de Estudios Americanos*, que se editaría como tirada aparte hasta que la publicación apareció como revista independiente en 1971. Esta iniciativa sirvió además para conocer de manera directa las novedades editoriales al establecer un sistema canje de publicaciones a nivel internacional que nutrió durante años la biblioteca de la EEHA hasta situarla entre una

de las más completas e importantes en este campo en España. Otro de los defectos detectados por Morales fue la división y aislamiento de los núcleos americanistas españoles. Por ello convocó reuniones nacionales, como la iniciadas en Sevilla en 1966, con la intención de unificar los “planes de estudios, hacer un catálogo de los estudiosos americanistas españoles y trazar una política encaminada a lograr nuevos puestos docentes en la Universidad [...] conscientes también del movimiento americanista foráneo en el resto de Europa o en América, hemos insistido en lograr no estar al margen de tales escuelas”, señalando el serio vicio de la falta de comunicación del americanismo del Viejo Mundo. Para tratar de salvar estos lastres, gracias a su iniciativa, se celebró en julio de 1969 en la Universidad Internacional “Menéndez Pelayo” de Santander la primera Reunión de Americanistas Europeos. A este encuentro asistieron, entre otros, Frédéric Mauro, Pierre Chaunu y Woodrow Borah. Fue en la segunda reunión, que tuvo lugar en Sevilla, cuando se dio un paso definitivo. Organizada por la EEHA y coordinada por el propio Francisco Morales Padrón, la reunión se celebró entre el 13 y el 20 de septiembre de 1970. En ella participaron historiadores procedentes de Francia como Pierre Duviols, Jean Meyer y Jacques Lafaye; Gran Bretaña como Peter J. Bakewell, John Elliot, John Fisher y Henry Kamen; Suecia como Magnus Mörner; o la República Federal Alemana como Hermann Kellenbenz; pero también del otro lado del Telón de Acero como Tibor Witmann de Hungría, Josef Polišenky, Bohunil Bad’ura y Lubomír Vrber de Checoslovaquia y hasta de la URSS como Alexey D. Mayevsky y Alexey I. Strajov. La tercera reunión tuvo lugar en París en octubre de 1972. En ella fue redactado un borrador de los estatutos para la futura Asociación Europea de Historiadores de la América Latina (AHILA) y se nombró una comisión para concretar esos objetivos, de la que formaron parte Magnus Mörner, Marcello Carmagnani, Manfred Kossok, Jacques Lafaye, Harold Blakemore y de la que fue presidente el propio Morales Padrón. Como podemos ver esta intención de modernizar la historiografía americanista española tuvo presente no solo las líneas historiográficas más conservadoras, sino que no tuvo problema alguno en contactar con corrientes propias del materialismo histórico o incluso del marxismo ortodoxo.

Fue también en los primeros años setenta cuando empezó a percibirse una paulatina descentralización, una ampliación temática, así como una modificación de los planes de estudio universitarios que empezaron a superar el omnipresente espacio colonial, apareciendo

las primeras asignaturas de Historia Contemporánea de América. También se dotaron plazas de profesores titulares y catedráticos en Historia de América, que permitieron la constitución de secciones o incluso departamentos en Universidades como la de Granada, Córdoba, Alcalá de Henares, la Autónoma de Madrid, la Central de Barcelona, entre otras. La más destacada sería la Universidad de Valladolid con Demetrio Ramos Pérez a la cabeza, que se convirtió en otro importante núcleo por su cercanía al Archivo General de Simancas.

Apertura historiográfica en tiempos democráticos

La paulatina democratización de la vida política española desde mediados de los 70 aceleró una apertura en el americanismo. Por ejemplo, la llegada a la dirección de la EEHA de Sevilla de Bibiano Torres en 1979 significó un cambio radical en la institución, que evolucionó a una mayor autonomía respecto de la Universidad e incrementó el número de investigadores de las escalas científicas del CSIC. Otro ejemplo de descentralización fue la creación de asociaciones profesionales de americanistas. En 1973 fue creada una primera y efímera Asociación de Americanistas Españoles por iniciativa de Ciriaco Pérez Bustamente, ex director del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo; sin embargo la orientación de esta estuvo justificada y financiada por la propia institución del CSIC. Hubo que esperar hasta 1982 para la fundación de la Asociación Española de Americanistas, asociación profesional independiente (aunque con fuertes vínculos institucionales) que sigue activa y vigente hasta la actualidad.

Como hemos visto, el americanismo histórico ya durante el tardofranquismo estuvo inmerso en un profundo proceso de cambio que implicó la renovación institucional e historiográfica y permitió su convivencia con las nuevas corrientes historiográficas, incluso dentro de los mismos departamentos. La fuerza de las interpretaciones nacionalistas de la historia de América, que durante el régimen franquista se utilizaron de manera oficial y propagandística, tuvo como consecuencia que las autoridades de ideología progresista de la democracia mirasen con recelo esta materia, considerando que el americanismo era en gran parte algo así como una facción ideológica emanada del régimen anterior. Una parte de los gobernantes estuvieron tentados de relegar a la historia de América “por recordarles sospechosas proyecciones del pasado”, como si la ciencia histórica aplicada al americanismo no hubiese evolucionado. Esta percepción

caló también entre sectores sociales con ideología de corte progresista y ha significado circunstancialmente un lastre que no fue definitivo en ningún caso, entre otras razones porque la consolidación de la democracia en España supuso para el americanismo la superación definitiva del enfoque tradicional que, como hemos visto, había hecho no tanto una verdadera historia de América, sino una historia de España en América.

La década de los ochenta quedaría marcada por el inicio de los preparativos de la conmemoración del V Centenario del Descubrimientos de cara al 1992. El flujo de capitales fue tal que permitió que todos los campos historiográficos contasen con capacidad de continuar sus líneas de investigación hasta bien entrados los 90, cuando enlazarán con el último evento que impulsará los estudios americanos: el Centenario de la pérdida de las últimas colonias en 1898. Como hemos visto, la historiografía americanista española ha visto condicionada en muchas ocasiones su progreso por la conmemoración de eventos. El más importante en los últimos años ha sido el V Centenario del Descubrimiento, que justificó las celebraciones de la Exposición Universal de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992. Para este evento, concebido como un modo de mostrar a España como un país democrático y moderno, hubo una fuerte apuesta oficial también en el campo de la historia.

Desde 1985 la Comisión Nacional y de la Sociedad Estatal del V Centenario incentivó el conocimiento de América Latina y su pasado común con España. Para ello el gobierno destinó gran cantidad de recursos que fueron aprovechados para desarrollar tanto nuevas tendencias y enfoques historiográficos, como para sustentar algunos grupos con concepciones más clásicas. Este empujón económico permitió al mismo tiempo la creación de nuevos núcleos americanistas, desarrollados en las nuevas universidades y sustentados con la financiación de gobiernos autonómicos. El Plan Nacional de Investigación y Desarrollo situó como línea prioritaria a los estudios americanistas dedicados a los estudios sociales y culturales. Desde 1985 los distintos institutos del CSIC pusieron en marcha programas destinados a potenciar proyectos de investigación multidisciplinar entre americanistas e historiadores de la ciencia alrededor del estudio de las relaciones culturales y científicas entre España y América. Este impulso renovador sirvió para superar definitivamente el hasta entonces marcado sesgo nacionalista español de la historiografía, insertándose los intereses

científicos de los grupos de investigación y centros de investigación en las corrientes de debate internacional. Líneas de investigación que venían siendo centrales en el americanismo internacional empezaron a tomar protagonismo como el análisis de los sistemas políticos, las relaciones internacionales, la formación de los estados nacionales, estudio de estructuras sociales o económicas, todo ello enmarcado en el fomento de la inter y multidisciplinariedad.

Una de las consecuencias negativas fue que la creciente afluencia de recursos al campo americanistas pudo favorecer el crecimiento incontrolado tanto del personal de las instituciones y departamentos americanistas como de su producción. Múltiples proyectos fueron subvencionados con fondos de comisiones nacionales, autonómicas o municipales, dando lugar en ocasiones a resultados de trabajos con un uso inadecuado de fuentes y debilidad argumental inaceptables, que respondían a aspiraciones localistas. Por otra parte, si bien las líneas historiográficas nacionalistas españolistas clásicas perdieron protagonismo, pronto aparecieron enfoques del mismo sesgo pero dentro de los llamados nacionalismos periféricos. La historia de los naturales de las distintas regiones de España que tuvieron alguna relación con América, por ejemplo, a través de los fenómenos migratorios, se convirtieron en temas prioritarios y de interés para posiciones políticas e ideológicas desplegadas en las nuevas entidades autonómicas, especialmente en aquellas que se denominan como nacionalidades históricas. Los gobiernos autonómicos, como había ocurrido anteriormente con el gobierno central, utilizaron esta historia, como todas las demás historias, para poder diseñar unas características específicas como entidades diferenciadas de las demás y con ello justificar mayores cotas de poder dentro del Estado. A pesar de ello, se impusieron las nuevas formas de hacer historia, o al menos formalmente los distintos grupos americanistas enmarcados en esta línea respondieron a metodologías que se vinculan a las corrientes historiográficas modernas.

Como consecuencia de los fastos del 92 se creó una base institucional suficientemente sólida, sustentada sobre una verdadera política de formación en el americanismo de jóvenes investigadores. Es en esta década cuando tanto los núcleos más significados históricamente como los nuevos van a dar un protagonismo a la historia de América en sus nuevos planes de estudios, y las asignaturas relacionadas con América aparecerán incluso en otras titulaciones de Humanidades o Ciencias Sociales. Con ello se respondió a la creciente demanda pú-

blica, se fortalecieron los grupos de investigación y se consolidó a los nuevos miembros formados en los años anteriores.

Distintas universidades crearon en 1992 institutos o centros de investigación americanistas como fue el caso de la universidad de Salamanca con el Instituto Interuniversitario de Estudios de Iberoamérica y Portugal (IIEIP), hoy Instituto Iberoamericano, el Centro Extremeño de Estudios y Cooperación Iberoamericana (CEXECI) o el Centro de Investigación de América Latina (CIAL) de la Universidad de Castellón, creado en 1994. Significativa fue la creación de un itinerario curricular propio de Historia de América en la licenciatura de Historia de la Universidad de Sevilla con los planes de 1994, que parecía apuntar hacia la creación por primera vez de una futura licenciatura exclusivamente americanista.

Pero el proceso de expansión de este campo estaba a punto de llegar a su límite y ni siquiera la siguiente fecha conmemorativa, el centenario del 98, sirvió para mantener un alto interés político en apoyar la historia de América. Es posible que la vorágine americanista vivida en torno al 92 produjera una saturación entre el público general. La repetición del modelo conmemorativo en 1998 no vino sino a contribuir al cansancio por los temas americanos. Esto no implicó el agotamiento de los campos de investigación, al contrario, se abrieron por fin verdaderas líneas modernas, equiparables con los debates internacionales a todos los niveles, mientras las corrientes historiográficas más desfasadas quedaban superadas en todas las instituciones.

Las diferentes crisis económicas que han azotado a España en los inicios del nuevo milenio y en especial la global de 2007 parecen hacer tambalear el progreso de esta materia. De un tiempo a esta parte los programas de investigación y desarrollo nacionales y autonómicos carecen de los fondos suficientes y, por tanto, los grupos y proyectos de investigación americanistas, como los otros muchos campos de conocimiento, o han desaparecido o se hayan en una situación de total precariedad. En cuanto a la presencia de los estudios de Historia de América en los planes de estudios universitarios, ha sido muy fuerte el impacto de la aplicación del Plan Bolonia desde 2008. Por su parte, los centros del CSIC dedicados al americanismo están en una situación muy complicada, como ocurre con los distintos grupos del departamento de Estudios Americanos del Instituto de Historia de Madrid o en una situación aún peor como le ocurre

a la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, pendiente de convertirse en un centro mixto coordinado con la Universidad de Sevilla y la Universidad Pablo de Olavide. Las perspectivas, por desgracia, no son nada halagüeñas desde el punto de vista institucional.

En cuanto al desarrollo historiográfico, para principios del siglo XXI el panorama de la historia de América en España se ha convertido en un enriquecedor espacio ecléctico y, al igual que el resto del panorama historiográfico actual, podría definirse como sólido, dinámico y plural. Los seguidores de *Annales* o de la historia social conviven con la nueva historia económica, los estudios culturales o de microhistoria. Todo eso sin olvidar el marxismo y materialismo histórico y sin haberse abandonado del todo la historia positivista con raíces en el siglo XIX. La mayor novedad para el cambio de milenio, y que ha afectado en mayor medida a la historia de América, ha sido la irrupción de los estudios subalternos y postcoloniales. Esta línea historiográfica ha supuesto un auténtico punto de ruptura con el pasado y en sus nuevos enfoques ha señalado interesantes vías para el debate. En su crítica a la historiografía colonial eurocéntrica está más que explícito su rechazo a los planteamientos historiográficos tradicionales del americanismo español. Valga, como mínimo ejemplo, su combate contra el concepto de “descubrimiento de América”, que se justifica a partir del argumento de que aquellas tierras estaban habitadas y, por tanto, no fueron “descubiertas”. Estos planteamientos, como no podía ser otro modo, han sido rechazados en gran parte por aquellos americanistas que se encuentran en posicionamientos metodológicos más conservadores. Sin embargo, en mi opinión, lo más interesante es que estos debates han superado el ámbito académico y han trascendido al gran público, desde luego con un enfoque fundamentalmente político. Los estudios postcoloniales en España están teniendo finalmente un recorrido más limitado de lo que podría pensarse, entre otras razones por las incongruencias propias de sus planteamientos. Los profesores e investigadores formados en España, en principio, necesariamente hacen estudios “sobre” la subalternidad más que “desde” ésta. Esto no los invalida en ningún caso, pero limita su ruptura total con el principal objetivo de esta historiografía: acabar con la mirada eurocéntrica sobre América. El hecho no es simplemente geográfico, sino que tiene que ver con que las raíces de su propia formación y referentes intelectuales (Foucault, Derrida o Gramsci, entre otros) son mayoritariamente occidentales y eurocéntricos.

Reflexiones finales

Es en este contexto cuando regresa y toma protagonismo en el panorama histórico otra vez el debate en torno a la leyenda negra. Y no ha venido de la mano de preocupaciones académicas o debates científicos. Hace décadas que es un tema superado y en gran medida agotado. En mi opinión los actuales debates mediáticos en torno a la leyenda negra son estériles y totalmente inútiles desde un punto de vista historiográfico. Considero que agotar los cada vez más escasos recursos económicos para la historia en estos debates bizantinos es un despilfarro incomprensible, más aún cuando el barco de los estudios históricos evidentemente hace aguas a nivel global. Eso no significa que no se deba seguir investigando estas temáticas como cualquier otra, sino que debe responder a unas intenciones y justificación basada únicamente en el interés científico. Pero ya digo, no es más que una opinión particular.

El debate sobre la leyenda negra ha regresado incentivado desde unas posiciones claramente politizadas y, en mi opinión, como respuesta a la exacerbación de las posturas nacionalistas periféricas en Cataluña. No creo que coincidan casualmente en el tiempo. Da la impresión de que una parte del sector mediático altamente politizado (en España los grandes medios tienen líneas editoriales más o menos posicionadas políticamente y todos las conocemos) ha vuelto la mirada a la historia y una vez más queriendo utilizarla como ariete de postulados nacionalistas. Es una “tradicción” que no se había perdido del todo en el caso de la historia contemporánea española, sobre cuando se trata la Guerra Civil, donde arribistas circunstanciales se han atrevido a afirmar que realizaban historia, mientras los auténticos historiadores se han visto obligados a defender sus posiciones con el peligro de sufrir en numerosas ocasiones tanto ataques de adversarios como de “fuego amigo”, en esta tradición de entender los debates historiográficos desde posturas sectarias. Pero la novedad de estos últimos tiempos ha sido desenterrar la controversia sobre la leyenda negra, imagino porque es donde se ha encontrado un campo ya suficientemente trillado como para que arribistas no profesionales pudieran encontrar suficiente material publicado como para poder armar obras políticas con apariencia de históricas sin mucho esfuerzo. Es cierto que a la historia de América le afecta solo parcialmente este debate, pero es responsabilidad de los profesionales que nos dedicamos a este campo llamar la atención de los peligros de volver a una

historia condicionada por intereses políticos.

Si llegado el caso un historiador tuviera la tentación de contribuir a la creación de hitos nacionales por convicción o por necesidad alimenticia y necesitara hacerlo basándose en el desarrollo de los acontecimientos del pasado de la presencia española en América, sería algo más comprensible (para aquellos que quieran hacer este esfuerzo de comprensión, que sin duda los hay) que aprovecharse el avance historiográfico de las últimas décadas y lo adaptase a las sensibilidades contemporáneas. Puestos en esta tesitura sería una oportunidad para superar los viejos y acartonados hitos de la conciencia común, basados en violentos principios militaristas de imposición sobre el diferente que han dado por ejemplo tintes heroicos a algunos de los protagonistas de la conquista. Hay elementos del pasado de la América española que podrían ser usados en la defensa de valores más contemporáneos. Algunos de ellos fueron ensayados durante la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento en 1992 como usar el concepto de *encuentro/choque de culturas* en detrimento del concepto “conquista”. Podría destacarse el cosmopolitismo de la empresa descubridora y de imposición occidental, en la que participaron originarios de Europa, África y la propia América. Conozco pocos países que la celebración de su día “nacional”, el 12 de octubre, sea en recuerdo de un hecho ubicado en un territorio tan alejado del país y protagonizado por un extranjero. Otro ejemplo podrían ser las controversias suscitadas en torno al proceso de conquista y el debate en el que participaron pensadores castellanos como Las Casas, Ginés de Sepúlveda o Francisco de Vitoria y que son considerados hoy día como el origen de los Derechos Humanos. Dados a buscar referentes culturales del pasado no estaría demás poner en valor en mucha mayor medida la labor de los cronistas de Indias, que trataron de explicar su tiempo y su mundo y sin su esfuerzo hoy sería un tiempo mucho más oscuro e inextricable aún. Tal vez, puestos en la tesitura de pensar en “héroes” sería más entendible resaltar la importancia de figuras como Bernardino de Sahagún y su interés por las culturas y lenguas que había antes de la llegada de los europeos. ¿Por qué no aprovechar para más interés del conocimiento los progresos en el campo científico que supusieron las expediciones científicas bajo el auspicio de la Ilustración en el siglo XVIII? Dado que no es un tema que me interese especialmente, lo dejo simplemente planteado como meros ejemplos sin el deseo ni la necesidad de que nadie recoja el guante, pero al menos esperanzado en que sirva para llamar la atención de lo

poco comprensible que es volver a resucitar hechos y personajes con una perspectiva del ensalzamiento de la violencia.

Algunos ven en el espíritu crítico, es decir, en los distintos debates que de manera constante se han mantenido en la historiografía americanista española, algo negativo propio de los habitantes de esta piel de toro que llevan en la sangre algo así como una especie de maldición cainita que los sacude e imposibilita a llegar a una conciencia única y verdadera. En mi opinión esta tendencia a la crítica y al cuestionamiento de posturas únicas es una de las características más positivas que debiera reivindicarse. Como, a pesar de autoridades e imposiciones entre los que habitaron lo que hoy día es España, hubo un sector social que reivindicó siempre la necesidad de cuestionarse aquello que no parecía encajar con lo que en cada momento se consideró conforme a los valores morales o éticos contemporáneos. En esas actitudes están la esencia del progreso, también el de la historia como disciplina. Pero, lamentablemente, no siempre estos cuestionamientos han tenido el eco suficiente. Lo que sí parece adecuado es que reivindicemos que el debate, el diálogo, preferiría yo, se hiciese desde la ética, la rigurosidad y bajo el imperio de los métodos académicos y científicos reconocidos de manera internacional.